

1849 de la camarilla de que supieron rodearle sus partidarios, y cuyo miembro visible era el Dr. Manuel Murillo, Ministro de Estado, hombre sagaz, de ideas anti-religiosas y el más avanzado entre los de su partido. Por el mes de Agosto se habían hecho las elecciones de Diputados y Senadores para el nuevo Congreso, obteniendo mayoría, como era de esperarse, los liberales. Tratóse de explorar la opinión de los nuevos padres de la patria respecto de la expulsión de los Jesuitas, asunto que era necesario llevar á cabo, según su programa, y que parecía demorarse demasiado; sin embargo, la opinión general no se encontró favorable á los anhelos de la camarilla y hubo que sobreseer por el momento, dejando á los periódicos preparar mejor el terreno.

Sin embargo un nuevo incidente vino á exasperar la obligada paciencia de aquellos Señores. El primer día de Octubre los PP. Pedro García y Manuel Fernández acompañados de tres sacerdotes seculares partieron á dar una misión á Facatativá. Este pueblo de numerosa población y situado á la entrada de la sabana, en el camino real de Honda, pertenecía en su inmensa mayoría á los liberales. La misión produjo sus frutos ordinarios: hubo ruidosas conversiones y la población cambió de faz, hasta el grado de que los liberales la creyeron, y con razón, completamente enagenada de sus antiguas ideas. Esto era insufrible: los periódicos liberales se desfogaron de una manera extraordinaria contra los Jesuitas que tales conquistas hacían, á su modo de pensar, contra el Gobierno constituido y en favor del partido caído. La camarilla exasperada urgía al Presidente y este reunió el consejo de Ministros para tratar seriamente de la expulsión de la Compañía; mas estos no estaban de acuerdo sobre este punto. Tales manejos no pudieron verificarse con tanto secreto que no llegaran á oídos del P. Visitador, el cual juzgó conveniente presentarse

1849 con franqueza al General López y preguntarle resueltamente qué había sobre aquel negocio. Al escuchar una pregunta tan categórica no pudo ocultar el Presidente su turbación viendo que era ya del dominio público lo que con tanto sigilo se había estado tratando en la tenebrosa camarilla, y todo sobrecojido autorizó al Padre para que pudiera decir en cualquiera parte lo que en otras ocasiones le había asegurado, es á saber, «que nada se había podido probar contra la conducta de los Jesuitas de la Nueva Granada»; recomendole, sí, que no se diesen más misiones. Con esto terminó aquella entrevista cuyo resultado fué el serenarse por algún tiempo de tempestad.

35)—Azarosa era la situación de López en aquellas circunstancias: por una parte esclavo de su camarilla poseedora del documento firmado de su mano en que, como dijimos, se había comprometido, entre otras cosas, á expulsar á los Jesuitas, se veía acosado por sus exigencias y amenazas, si no cumplía lo prometido; por otra parte había empeñado su palabra de honor no sólo á los mismos Jesuitas, sino también á otras personas de alta representación, de que durante su administración aseguraba la existencia de la Compañía en la República, á no ser que alguna ley viniese á disponer lo contrario: esta ley no existía ni era posible que existiera hasta Marzo, es decir, hasta que se reuniera el próximo Congreso, y todavía entonces sería dudoso atendido que aun entre los mismos liberales no faltaban quienes opinaran de otro modo. Pareció, pues, adoptarse el partido de una disimulación oficial, mientras se proporcionaba ocasión más propicia. Llegado el fin de curso, se hicieron los acostumbrados certámenes públicos y distribución de premios con un éxito admirable. El P. León Tornero que había llegado de Europa en el mes de Junio, comenzó entonces á lucir su extraordinaria pericia en la poesía y en la música que dieron singular realce á

35.—Fin
del
curso de
1849.

1849 las funciones literarias. El concurso de lo más escogido y más que nunca numeroso, estuvo presidido no sólo por el Arzobispo, sino también por el Presidente, el Vicepresidente y todos sus Ministros, los cuales, si bien en la apariencia tomaban parte en el entusiasmo y aplausos de aquella culta sociedad tan sincera y ardiente admiradora de la educación Jesuítica, no podían menos de ver que aquellos triunfos aumentaban sus dificultades para la ejecución de sus maléficó planes. Iguales ovaciones recibían los Colegios de Medellín y Popayan, todo lo cual contribuía poderosamente á acrecentar en todas partes la estimación de la Compañía y destruir el mal efecto que el periodismo pudiera producir con las odiosas calumnias que pródigamente propalaba.

El tiempo de las vacaciones fué de treguas, porque reinaba cierta tranquilidad relativa, que permitía á los PP. entregarse pacíficamente á sus faenas espirituales de púlpito y confesonario; sin embargo, no se hacían ilusiones; bien conocían que ardía el fuego bajo la ceniza, y temían con razón qua leve vientecillo produjera nuevos incendios. Esto daba á entender el Padre Visitador cuando escribía al P. Blas: «Aquí nos molestan mucho los enemigos y parece que el diablo anda muy suelto. La misión de Facatativá les ha escocido, se ha tratado seriamente de echarnos, y no sé todavía en qué parará. Oración y prudencia. Representaciones de los pueblos podrían neutralizar ó paralizar el mal.....»

Por lo demás hé aquí la pintura que nos hace del lamentable estado de la República un historiador nacional, Don Joaquín Borda: (*) «Una vez entronizado el partido liberal, de lo único que se trató fué de absorber los caudales de la nación y de destruir á sus contrarios. Qué quereis conservar, les decía, es

(*) Historia de la Compañía de Jesus en la Nueva Granada, T. II. C. 10.º

1849 necesario borrar hasta el recuerdo de lo pasado. Y es necesario confesar que casi lo han conseguido; porque ya la República es un esqueleto sin vida. Todos los individuos pertenecientes al partido conservador, aun aquellos cuya aptitud y brillantez eran indisputables, fueron removidos de los destinos públicos, y la administración política, la justicia, la educación de la juventud todo fué puesto en manos por lo general inhábiles y mercenarias. No saciados con esto provocaron al partido conservador á la guerra para exterminarlo. Uno de los medios que emplearon fué la persecución sangrienta y vil contra los Jesuitas. El Presidente López, que en su vida privada era un hombre honrado, y que como general habia prestado servicios á la nación, carecía totalmente de aptitudes para gobernar y tuvo el buen sentido de conocerlo así; pero por desgracia no tuvo el de escojer buenos consejeros. Pidió á su partido que le nombrase los secretarios, y estos no sólo se los nombraron, sino que le formaron una camarilla tenebrosa que lo dominase, y lo entregaron en cuerpo y alma al Dr. Manuel Murillo.....»

Tal se presentaba la situación de la Nueva Granada y de la Compañía á fines de 1849, cuando el nuevo orden de cosas no llevaba más de diez meses de instalado. En el libro siguiente veremos sus funestísimos progresos.

